

Judea, y lo llevó Dios a Babilonia para que diese aquel pan a Daniel,<sup>1</sup> que estaba en el Lago de los Leones. Labán venía contra Jacob con intento de ofenderle, y en el camino le trocó Dios el corazón y hace que el que viene con ánimo de reñir hable amorosamente y dé abrazo de paz a su yerno.<sup>2</sup> Esaú salía contra el mismo Jacob, que era su hermano, de quien estaba sentido por el mayorazgo que le tenía (a su parecer) usurpado; y cuando había de acometerle como enemigo, lo recibe y abraza como amigo y hermano.<sup>3</sup> San Pedro salió al mar a pescar peces y llamólo Cristo y hace que sea pescador de hombres.<sup>4</sup> Éstos y otros cien mil casos sabemos haber hecho Dios, trocando intenciones. Y aunque las de estos príncipes infieles y gentiles sin fe, fuesen movidos de su propio interés, no es acaso aquella moción, sino muy de acuerdo de Dios para encaminar, por aquel modo, lo que mejor y más a cuento le está a su servicio. Porque como las cosas de él no todas, conviene que sean ordenadas por milagro, habiéndole de hacer por medios humanos, suele muchas veces ser el medio de su ejecución lo que parece mera traza de un hombre; y cuando los gentiles antiguos mataban en odio de la fe a los siervos de Jesucristo, que la confesaban, pensando por este modo acabar a sus profesores, ordenaba Dios, por aquel mismo medio, que por uno que moría creyesen ciento, siendo entonces la fe de Jesucristo aquella verdadera hidra que falsamente los gentiles atribuyesen a otra cosa que cortándola Hércules (que es el ídólatra y tirano) una cabeza, de ella nacían siete. Y si entonces tuvieron estos reyes por objeto al interés, Dios toma por medio de la conversión de aquellas almas este medio tan no pensado y desconocido. Y así digo que han de ser de mucho efecto aquellas entradas porque es la fe de Jesucristo de la calidad de la miel, que donde la hay se llegan importunamente las moscas. Y sin mucho trabajo (así como el azogue en la plata) ella misma se incorpora.

CAPÍTULO XXVI. *De lo que se despachó a Japón, y venida de el padre fray Gerónimo de Jesús a Manila, con licencia de el emperador Dayfusama, y de lo que negoció y su vuelta*



EL GOBERNADOR DON FRANCISCO TELLO, en cumplimiento de lo que había escrito, enviaría navío al Quanto; aparejó y puso luego a la vela un navío mediano, nombrado Santiago el Menor, con un capitán y marineros y los oficiales necesarios y con algunos rescates de palo colorado, cueros de venado y seda cruda y otras cosas. Salió este navío con orden de que fuese al Quanto, donde hallaría religiosos descalzos de San Francisco, y vendería sus rescates y volvería con el retorno y licencia de

<sup>1</sup> Dan. 14.

<sup>2</sup> Genes. 31.

<sup>3</sup> Genes. 33.

<sup>4</sup> Math. 4.

Dayfusama a Manila; con lo cual quedó proveído a todas las cosas de Japón, lo que pareció necesario según el estado que tenían.

Dayfusama, señor de Japón, que esperaba a Chiquiro, su criado, que había despachado a Manila con las cartas de fray Gerónimo de Jesús, apretaba al pobre fray Gerónimo, de manera, sobre los negocios que deseaba y con él había tratado, que para satisfacerle mejor, viendo que Chiquiro tardaba en la vuelta y lo poco que las razones valían con él, le pidió licencia para ir en persona a Manila donde trataría y concluiría con el gobernador los negocios personalmente y le traería respuesta y que en la corte dejaba a fray Agustín Rodríguez y otro compañero que ya le habían venido por prendas y rehenes de su vuelta. El rey se lo concedió y le dio avío y se partió para Manila. Fue este favor de fray Gerónimo de Jesús bien envidiado y aun no faltaron personas que se lo quisieron estorbar; pero al fin el Señor le favoreció y sacó de malas intenciones y llevóle a las Filipinas, donde también llevó la cruz entera, donde había padecido martirio el santo vizcaíno y mártir fray Martín de la Ascensión, la cual fue recibida con grande honra y fiesta y alegría de toda la ciudad, llevándola desde el navío en hombros hasta el convento de San Francisco, los de la nación vizcaína que estaban en Manila. Allí supo el despacho que Chiquiro había llevado y comenzó a tratar de sus negocios con el gobernador don Francisco Tello, que entonces gobernaba, diciendo no había llegado Chiquiro a Japón, que daba sospecha de haberse perdido.

Así como se partió para Manila el padre fray Gerónimo, se partió también para el Quanto el emperador Dayfusama, para esperar allí el navío en que el dicho padre había de ir. Y también para castigar a cierto teniente suyo, llamado Nango, porque se le quería levantar con el reino. Llegó allá el emperador y castigó al traidor y sosegó sus tierras.

El navío que despachó el gobernador, no pudiendo doblar la cabeza de el Japón, para pasar la banda de el norte, arribó al puerto de Firando, donde los religiosos de San Agustín poco tiempo había tenían asiento; y surgió en él, y de allí el capitán envió a la corte el aviso de cómo no había podido pasar el Quanto, y las cartas para los religiosos, y lo que se le había de dar a Dayfusama. Los religiosos compañeros de fray Gerónimo le dieron los regalos que para él iban y le dijeron que aquel navío enviaba el gobernador a su disposición y mandado, y que los tiempos no lo habían dejado ir al Quanto. Dayfusama lo recibió, aunque no se dio por persuadido de lo que le decían, sino que eran cumplimientos para entretenerle. Ordenó que luego hiciese el navío sus rescates y que se volviese con algunas cosas que le dio para el gobernador, y que de allí adelante fuesen al Quanto, como se le había prometido, y con esto dio la vuelta a Manila.

Llegó fray Gerónimo de Jesús con tanta brevedad a las islas Filipinas (como se ha dicho) que hubo lugar de tratar con el gobernador don Francisco Tello los negocios que llevaba a cargo, con promesa de que se continuaría y enviarían al Quanto navíos para entretener a Dayfusama. Dióle un buen presente el gobernador, que le llevase, de un rico espejo de Venecia, muy grande, vidrios, vestidos de Castilla, miel, algunos tibores y otras

cosas de que se sabía gustaría Dayfusama. Estando en Manila fray Gerónimo predicó y bautizó a grande suma de japoneses y entre ellos muchos señores y capitanes; porque en la ciudad de Manila hay mucho número de japoneses, así de los que vienen cada año a la contratación, como de otros muchos que viven allí y tienen su asistencia. Volvióse a Japón con su respuesta y cosas negociadas, donde siendo bien recibido de el emperador le dio a entender lo que traía negociado, y cómo su criado Chiquiro había sido bien despachado de el gobernador y no era posible menos de que se habría perdido, pues no había parecido en tanto tiempo, y le dio lo que llevaba de que holgó mucho.

Partió fray Gerónimo de Manila a veinte de mayo de 1601, llevando consigo otros dos religiosos, el uno sacerdote llamado fray Gómez de San Luis, el cual dos años antes había estado en Japón, aunque siempre preso por mandado de ciertas personas. El otro era fraile lego, gran enfermero, llamado fray Pedro Burguillos. Llegaron al puerto de Firando, en Japón, por San Pedro y San Pablo y fueron allí bien recibidos, aun de los mismos infieles; y con estar el rey y señor de Firando amostazado con los padres de la Compañía, recibió a los religiosos muy bien y con mucho amor, y ellos le visitaron a él, y él a ellos, con muestras de amor y benevolencia. Y después de haber estado allí algunos días descansando se partieron para adonde estaba el obispo de Japón, don Luis de Cerquera, al cual presentaron los recaudos que llevaban de la orden y de el gobernador, y unos breves de la santidad de el papa Clemente VIII, en que interpretativamente daba licencia para tener iglesias en Japón a los frailes franciscos, por cuanto su santidad concede a los religiosos de Japón gran cantidad de reliquias y *Agnus Dei*, los cuales manda su santidad que se pongan y coloquen en los conventos y hospitales de los padres franciscos, en Japón, concediendo su santidad grandes indulgencias en los días de los tales santos. Y aunque hicieron muchas diligencias los religiosos, rogando y suplicando de rodillas al obispo los admitiese a la conversión de tantas almas, como el demonio se lleva cada día por falta de ministros, no hubo remedio de inclinarse a misericordia. Respondiéndoles que el breve de Gregorio XIII estaba en su fuerza y que no estaba derogado y otras mil sequedades. Con lo cual, despedidos los religiosos, se fueron a la presencia de el emperador al Meaco, y de él fueron muy bien recibidos y hallaron entrañas de padre en el príncipe gentil.

Hallaron los religiosos enfermo al emperador, y con la alegría de la ida de los religiosos se alivió y alegró mucho y les dio colación (que es usanza suya, cuando va un huésped de estimación) y les mandó que viniesen allí otro día, y ellos lo hicieron así y allí le dieron un presente que le habían llevado de Manila, que aunque no era de cosas muy ricas, eran a lo menos curiosas y extrañas en Japón. Entre otras cosas sacó el padre fray Gerónimo algunas cosas de medicinas y le iba declarando al emperador cada cosa, y para lo que era, como la cañafístola y el unguento de tabaco y otras medicinas; de todo lo cual holgaba mucho el emperador, y llamó allí un camarero suyo y le mandó que guardase todas aquellas medicinas y les fue-

se poniendo sus rétulos a cada cosa, y para lo que era; porque los japones son muy curiosos en esto de curarse, y andan algunos con algunos vasitos de medicinas colgadas de la cinta. Y apuntando el padre fray Gerónimo al religioso lego, llamado fray Pedro Burguillos, dijo al emperador: Señor, he aquí este padre que es gran médico y sabe muy bien curar cualquiera enfermedad y por eso lo traje, para que cure en el hospital a los enfermos. Holgó de ello el emperador, y llamando a un niño, deudo suyo, que allí estaba con la cabeza llena de sarna o lepra, le preguntó, ¿si sabía curar aquel niño? A lo cual respondió fray Pedro de Burguillos que sí curaría con el favor y ayuda de nuestro señor Dios; aunque después no hubo este efecto porque envió al muchacho fuera de la corte.

El padre fray Gerónimo, como tenía grandísimo deseo de tener un convento adonde recogerse con sus compañeros en Meaco, andaba buscando oportunidad para pedir al emperador licencia para edificar un convento; y aunque es uso de el emperador de Japón que todo lo que le piden sea por mediaderos y no por propria persona, y aunque los religiosos tenían buenos intercesores en algunos señores de Japón que allí estaban en la Corte, que les favorecían, pero el padre fray Gerónimo, confiando en Dios y no mirando a puntos humanos, entró un día, sin terceros, adonde estaba el emperador y hablando con un señor, casi al oído, en razón de desear tener convento en Meaco, miró en ello el emperador y dijo, ¿qué es eso? Respondió el padre fray Gerónimo y dijo: Señor, lo que yo estoy diciendo es que quería que vuestra alteza nos hiciese merced de señalarnos un sitio donde hiciésemos casa, porque no tenemos donde morar. Respondió el emperador y dijo: Désele, désele casa y señálesele sitio, y dijo que otro día se señalaría. Pero por ocupaciones que tuvo el emperador en aquellos dos o tres días no hubo lugar de ir a ver el sitio; en el cual tiempo comenzó a enfermar el padre fray Gerónimo de mal de muerte, porque el Señor quería premiar sus santas obras y trabajos; y al fin se lo llevó el Señor para sí en breves días. Y yendo los dos compañeros a hacer saber al emperador la muerte de el padre fray Gerónimo, mostró mucho sentimiento y les dio el pésame, prometiéndoles su favor.

Ya el bendito padre fray Gerónimo goza de el Señor, cuyas heroicas obras e inmensos trabajos, destierros y persecuciones que padeció en Japón, por el bien de aquellas almas, se las tiene Dios nuestro señor bien premiadas. Murió en la ciudad de Meaco, con notable sentimiento de todos los japones cristianos, por el mes de agosto de 1601. Quedaron los compañeros con la muerte de el bendito padre fray Gerónimo algo tristes, porque al fin era buena lengua y tenía grande experiencia de las cosas de aquellos reinos, como quien había estado en ellos tantos años; pero pasábanse lo mejor que podían y determináronse de pedir dos cosas al emperador. Lo uno, sitio para la casa, como lo había prometido al padre fray Gerónimo, día de San Luis, rey de Francia, santo de nuestra Tercera Orden. Y lo otro, una carta para el gobernador de Manila, porque el uno de ellos quería volver a las Filipinas a hacer saber a los prelados la muerte de el padre fray Gerónimo. Tratando este intento con algunos señores devotos dijeron

que procurasen primero la licencia para Manila, que lo de la casa hecho se estaba; porque se partía otro día el emperador para el Quando. Hicieronlo así los religiosos y pidieron carta al emperador para Manila, para el gobernador, pidiendo religiosos en ella, la cual le dio muy de buena gana y la envió a los frailes con una persona de su palacio, y él se partió para el Quanto dejando también un presente que llevasen en su nombre al gobernador de las Islas Filipinas.

Partióse, pues, fray Pedro Burguillos para las dichas islas y llegando al puerto de Firando llegó casi con él, a un tiempo, un padre de la Compañía que iba a confesar los japones cristianos del navío que allí estaba, por ser Cuaresma. Más así como lo supo el rey y señor de Firando, se enojó mucho y quiso echar de allí aquel padre, aunque por ruegos de algunas personas nobles dio licencia para que sólo tres días pudiese confesar y que luego se fuese. Fray Pedro de Burguillos andaba con algunos recelos no le tomasen la carta o chapa de el emperador por fuerza; por cuanto, estando en el Meaco para partirle, se la había enviado a pedir debajo de cautela, para verla una persona de casa del emperador y el fraile no la quiso dar; y así la hubo de sacar de una cajita de oro en que iba, y colgársela al cuello para tenerla así más segura.

Allí en Firando traían al dicho fray Pedro muchos niños, con extraña devoción para que los bautizase, lo cual él hacía por su devoción. Entre los cuales una señora llamada doña Mencía le envió a decir que ella estaba recién parida de una hija, y que deseaba que su hija se bautizase y que por temor de su suegro no se atrevía a enviarla para que él la bautizase; pero que en su casa estaba una mujer cristiana que sabía muy bien bautizar, que le rogaba le enviase un nombre de una santa que ponerle a la niña, y fray Pedro Burguillos le envió al mensajero la vida y milagros de esta santa, para que allá se la relatase a aquella señora.

Partióse fray Pedro para Manila, por el mes de marzo de 1602 años, y llegó con buenos temporales a las Islas Filipinas; y llegando al embocadero de Mari-Vélez dieron fondo, porque por el mucho viento y corrientes no pudieron pasar adelante. Está este puerto de Mari-Vélez, de Manila, cinco o seis leguas. Y estando allí aguardando tiempo, una mañana descubrieron velas, y eran las naos que iban de el puerto de Acapulco, de la Nueva España, en las cuales iba el ilustre caballero don Pedro de Acuña, gobernador de las Islas Filipinas. Llegó una nao del gobernador a saber qué nao era la que allí estaba; y viendo que era del Japón y que venía en ella aquel religioso embajador, con mucha cantidad de personas principales de Japón, los mandó llamar el gobernador a su nao, y fue de él muy bien recibido el dicho fray Pedro Burguillos; y por dar ejemplo a todos aquellos japones, el dicho gobernador hizo muy gran acatamiento al religioso, besándole con mucha humildad las manos y hábito, sentándole cabe sí, mostrándose benévolo y afable a todos aquellos señores japones, mandándolos regalar. Sacó luego el religioso la carta dorada del emperador del seno, dándosela al gobernador, diciéndole le perdonase el haber sacado la carta de la cajita de oro, de como se la habían entregado, porque habían querido quitársela,

y que por más seguridad la había traído así. Holgóse mucho el gobernador de ver la carta y mucho más en ver que le pidiesen religiosos el emperador y los demás señores del Japón; y prometió al religioso de cumplir en todo la voluntad del emperador y darle muy buen despacho. Mandó el gobernador disparar algunas piezas de bronce para que los japones vieses la fortaleza y fuerza de nuestra artillería. Finalmente fueron todos a Manila y luego, por el mes de mayo siguiente, año de 1602, envió el gobernador don Pedro de Acuña al Japón, por una parte, diez y ocho religiosos, seis de la orden de mi padre San Francisco y seis de la orden de mi padre Santo Domingo, y seis de la orden del glorioso padre San Agustín. Iba por comisario de los nuestros el padre fray Agustín Rodríguez, compañero de los santos mártires; y por prelado de los padres dominicos el padre prior de Manila; y por prelado de los padres agustinos el padre fray Diego de Guevara, prior de Manila; y por otra parte fueron otros tres religiosos a los reinos de el Quanto, no con pequeña alegría de las religiones y ciudad de Manila y de los japones; porque todos los sobredichos religiosos eran muy perfectos en vida y doctrina. Con mucha razón podemos confiar en nuestro Señor que ha de suceder todo muy a honra y gloria y que hemos de tener buenas nuevas de aquellos reinos de muy felices sucesos.

CAPÍTULO XXVII. *De los provinciales que ha habido en esta provincia de el Santo Evangelio, desde que se fundó hasta ahora*



OR HABER SIDO ESTA PROVINCIA del Santo Evangelio principio, y cabeza de nueva iglesia, parece ser cosa justa hacer en este libro minuta de los prelados que hasta aquí ha tenido sucesivamente; y también porque no de todos ellos se hace memoria en el libro de los ministros evangélicos, y pues llegaron a punto de ser padres de los que en él se nombran, es razón que se tenga noticia de quiénes fueron; pues es de creer que fueron la nata de todos y la antorcha o candela, no abscondida debajo del celemín, sino sobre las cumbres de los más altos montes de la religión indiana, para dar luz y claridad (como el sol al mundo) a todos los hijos que han tenido debajo de su gobierno y obediencia.

Ya vimos, en el libro de la conversión, cómo con la venida de los primeros doce religiosos se instituyó esta provincia en custodia, no dependiente a ninguna provincia sino inmediata al ministro general de la orden de los frailes menores; y por primero custodio el varón santo fray Martín de Valencia, cuya apostólica vida se verá por extenso en el principio de el libro de los ministros evangélicos. Sucedióle en el oficio y fue segundo custodio uno de sus compañeros, llamado fray Luis de Fuensalida, de cuya persona se hace particular mención en el mismo libro. Acabado este su oficio volvieron a reelegir en tercero custodio al mismo padre fray Martín de Valen-